

RAMÓN J. SENDER Y LAS LETRAS RUSAS
A TRAVÉS DE DOS REVISTAS DEL EXILIO ESPAÑOL:
ESPAÑA LIBRE (1939-1976) Y COMUNIDAD IBÉRICA (1963-1971)

Ana MARTÍNEZ GARCÍA*
GELEC, Universidad de Cádiz

Ramón J. Sender desempeñó junto a su labor novelística una cuantiosa e importante actividad crítica y ensayística a través de la prensa, tanto en España como en el exilio. Sus numerosos textos siempre brillaron por su calidad, desde sus inicios en Huesca como colaborador y componente del equipo redactor de algunas publicaciones; durante su estancia en Madrid, donde llegó a trabajar en importantes periódicos como *El Sol*; y, por supuesto, tras su llegada a los distintos países de destierro, México y Estados Unidos. En ellos participó con textos de carácter crítico y literario en gran cantidad de publicaciones, tanto creadas por españoles (*Los Sesenta*, *Deslinde*, etcétera) como dirigidas por americanos (*New York Times Book Review* o *The New Leader*); en prensa periódica, donde sobresale su intervención en la serie «Los libros y los días» de la American Literary Agency; y en prensa política, a la que solía estar ligado por amistad con sus directores, como en el caso de la revista *CNT* de México, en la que participaba su gran amigo Progreso Alfarache, o en el de *Joven España*, de Miró.

En sus páginas podían leerse recensiones sobre grandes obras de la literatura española u otras literaturas, adelantos de su obra, críticas acerca de libros de reciente edición, etcétera. Entre todos estos textos, en muchas ocasiones hallamos artículos creados con el objeto de dar a conocer tanto la realidad de la cultura española en el destierro como la de otros países y poblaciones cuya situación, según Sender, debía ponerse de relieve.

* martinezgarcia.ana@gmail.com

De este modo, encontramos artículos centrados en la guerra de Vietnam y la libertad de los norteamericanos para opinar acerca de la intervención de Estados Unidos, a diferencia de la situación que se experimentaba en la España franquista; textos que revisaban la acción política del Gobierno de la República en el exilio, que según él no trabajaba en la búsqueda de la unión, sino que continuaban con la misma actitud que les llevó a la derrota durante la Guerra Civil; etcétera. Entre ellos encontramos un nutrido grupo de textos relacionados con la situación en Rusia y el devenir de sus figuras literarias durante la Guerra Fría. Poseen gran interés porque gracias a ellos apreciamos cómo Sender se identificaba, a través de su denuncia, con las vivencias que experimentaron un amplio grupo de escritores pertenecientes a las letras rusas. Sabía hasta dónde llegaban la crueldad y la dureza de sus recuerdos, el sentimiento de olvido tras la huida, y en qué consistía el silencio forzado para los que permanecían aún presos; es decir, conocía lo que sentían aquellos que como él habían sufrido las penurias de la guerra y que en muchos casos fueron condenados a malvivir en campos de trabajo durante décadas.

Los textos que reflejan su intención de dar a conocer a los escritores rusos y denunciar la situación de la población de ese país formaron parte solo de algunas publicaciones por su tono de denuncia. Por ello tenían cabida especialmente en aquellas que formaban parte de algún grupo político, en las que defendían algún tipo de postura, etcétera. En esta ocasión revisaremos los que se incluyeron en dos revistas: *España Libre* (1939-1976) y *Comunidad Ibérica* (1963-1971), que sobresalen por el gran número de aportaciones relativas a esta cuestión firmadas por Ramón J. Sender y, especialmente, por la cercanía en el tiempo de la publicación de los artículos respecto a los acontecimientos que denuncian.

España Libre nació en los Estados Unidos al finalizar la guerra civil española bajo el auspicio de las Sociedades Hispánicas Confederadas con el objetivo de instituirse como órgano de oposición al franquismo, intentando defender la postura del bando exiliado y brindando una cara distinta a la que se ofrecía de España.

A diferencia de otras publicaciones, nunca fue bandera de ninguna postura política concreta, puesto que acogió tanto a socialistas como a libertarios, etcétera. Coincidimos con M.^a Ángeles Ordaz¹ en que este eclecticismo a lo largo de sus páginas, llenas de polémica, no consiguió mostrar la unión que pretendía conseguir con el paso de los años, desunión que fue uno de los puntos clave de la caída del bando republicano y todos los flancos afines durante la guerra.

Las Sociedades Hispánicas Confederadas era una agrupación que intentó dar cobijo tanto a las personas asociadas al bando no fascista instaladas en los Estados Unidos como a sus actividades. Su labor fue crucial para los desterrados españoles,

¹ M.^a Ángeles Ordaz Romay, «El exilio español en Estados Unidos. Los intelectuales de *España Libre*», en Javier Tusell, Alicia Altet y Abdón Mateos (eds.), *La oposición al régimen de Franco*, Madrid, UNED, 1990, p. 75.

ya que no solo les ofrecieron auxilio a su llegada, sino que también durante la guerra aportaron a la República material sanitario y propaganda a favor de su causa. Entre sus muchas actividades estuvo la de ser los promotores de la revista, hecho que justifica que el subtítulo de la publicación fuera *Órgano de las Sociedades Hispánicas Confederadas de los Estados Unidos de América*.²

Las Sociedades poseían un consejo del que Sender era miembro de honor, al igual que otras personalidades tanto americanas como europeas, entre las que sobresalieron Albert Camus, Norman Thomas, Waldo Frank, Pau Casals, Federico de Onís, etcétera.³

Su precedente podemos encontrarlo en *Frente Popular*, primer órgano de las Sociedades Hispánicas. Nació en 1937 con carácter antifascista y defendió esta postura durante los años que duró la guerra con una periodicidad irregular. Tras su fin nació *España Libre*, que durante los casi cuarenta años que duró su edición, ya que dejó de imprimirse en 1976 tras la caída del régimen, también experimentó diversas periodicidades.

Con el precio de 25 centavos comenzó a publicarse como boletín semanal y durante un breve lapso en 1962 se emitió de forma quincenal, el primer y el tercer viernes de cada mes. Pasó a ser de tirada mensual hasta 1967, etapa en la que se ofertaba el primer viernes de cada mes. Desde entonces fue bimestral hasta su cese.

Estos cambios también dejaron su huella en la paginación de la revista, que nació con 12 páginas de 42 x 43 centímetros y pasó a tener 8 desde 1948. Como novedad, en la década de 1960 se introdujo una página en inglés en la que de forma sucinta se ofrecían noticias destacadas, que no siempre coincidían con artículos escritos en la edición en español.

La composición de la dirección y la redacción de *España Libre* no se indicaba. Por referencias secundarias sabemos que la secretaría fue ejercida por Agustín Carcagente y que en los otros puestos destacaban nombres como los de Eugenio F. Granell o José Castilla Morales, quienes trabajaron durante décadas junto a sus colaboradores o corresponsales (Ángel del Río, Federico de Onís, etcétera). Presumiblemente Granell era uno de los que más trabajaba en ella, como vemos en una carta enviada por Maurín a Sender donde le contaba que «*España libre* la hace Granell. Yo le ayudo. Pero el mérito fundamental de que salga bien, se debe a él. *Suum quique*».⁴

Poseía un importante número de secciones, algunas de carácter discontinuo, que se correspondían con el interés y la carga informativa de la publicación.

² M.ª Ángeles Ordaz Romay, «Las Sociedades Hispanas Confederadas en archivos del FBI (emigración y exilio español de 1936 a 1975 en EE. UU.)», *Revista Complutense de Historia de América*, 32 (2006), p. 236.

³ Jesús Vived Mairal, *Ramón J. Sender: biografía*, Madrid, Páginas de Espuma, 2002, p. 251.

⁴ Francisco Caudet (ed.), *Correspondencia Ramón J. Sender – Joaquín Maurín (1952-1973)*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1995, p. 715.

Destacaban «Desde México» —escrita por de Ángel Sanblancat—, «¡Vaya con Dios!» —de Aurelio Pego—, «Nuestras actividades», «Columna de honor» y «Atalaya de México», entre otras, además del «Editorial».

Sus colaboraciones también ofrecían noticias acerca de las novedades políticas y culturales, especialmente literarias, de los españoles tanto de un lado del Atlántico como del otro, puesto que las relaciones con España fueron afianzándose con el paso de los años. Por ello, podemos apreciar colaboraciones de algunas personalidades del exilio interior, así como reseñas de movimientos estudiantiles y actos de protesta en contra de la Dictadura.⁵

En su nómina de colaboradores sobresalía un amplio grupo de españoles que ejercían la docencia en Estados Unidos, tales como Francisco Ayala, José Rubia Barcia, Bernardo Clariana, etcétera. Estos, junto con otras grandes figuras del exilio, como Indalecio Prieto, Federica Montseny o Salvador de Madariaga, con alguna aportación de los integrantes de la llamada *generación de los hispanomexicanos* con escritos de Manuel Durán, llenaron sus páginas con sus opiniones acerca del pasado, el presente y el futuro de España.

Dado que Ramón J. Sender era una personalidad de valía y consideración dentro de las Sociedades, además de un profuso colaborador, a lo largo de las páginas de la revista también encontramos artículos dedicados a su obra y su persona. Tal es el caso de «Columna de honor», «Homenaje a Ramón Sender» y «Sender vuelve a España».

Su obra inspiró dos escritos: uno de ellos, bajo el pseudónimo *A. B. C.*, aportaba una reseña de la novela de reciente aparición —en aquel momento— *La tesis de Nancy*; otro, escrito por M. Martínez Moreno y publicado en el número de septiembre-octubre de 1971, informaba de que habían sido emitidos en la radio francesa dos programas dedicados al estudio de *Réquiem por un campesino español*.

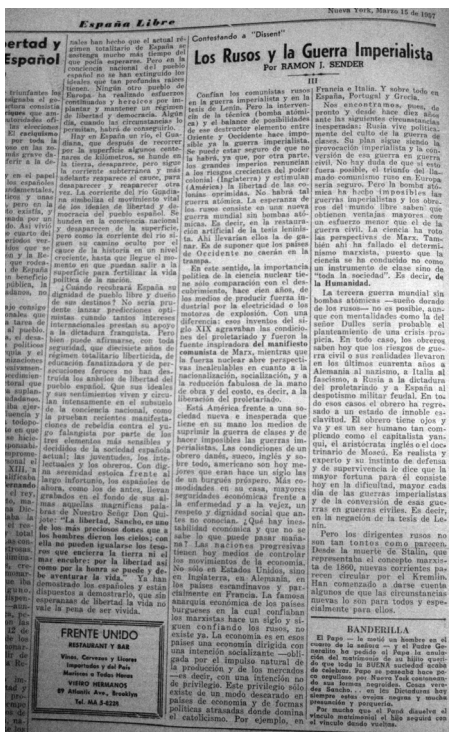
A esta gran revista, que sobrevivió hasta el final del franquismo y no dejó su lucha con el paso de los años, Sender le aportó un importante número de textos. Sobresalen, como bien dice Ordaz,⁶ por entremezclar la añoranza del desterrado y el elogio a la nueva tierra de acogida, por mostrar ese modo de adaptarse al país de asilo introduciéndose en su cultura que se refleja en la obra literaria de los exiliados españoles a partir de 1950.

En *España Libre* la mayoría de sus contribuciones fueron artículos de opinión, que adquirirían casi siempre tintes políticos, especialmente porque muchos de ellos giraban en torno a la actualidad española, a obras literarias destacadas centradas en la Guerra Civil y a homenajes, estrenos, etcétera, relacionados con autores y libros españoles.

⁵ M.^a Ángeles Ordaz Romay, «Las Sociedades Hispánicas Confederadas...», art. cit., p. 245.

⁶ Ídem, «El exilio español en Estados Unidos...», art. cit., p. 79.

Entre los textos de carácter político también encontramos algunos en los que se hacía referencia a Rusia, concretamente a la situación social del proletariado, puesto que las circunstancias en las que sobrevivía —en cualquier país— siempre fueron uno de sus objetos de denuncia. Sobre el mundo obrero, y acerca de la caída de las clases en favor de una estructura social, ofreció Sender un artículo dividido en tres partes como respuesta a un escrito de la revista *Dissident*: «Absurda lucha de clases»,⁷ «A la revista *Dissident*: hacia la supresión de clases, II»⁸ y «Los rusos y la guerra imperialista: contestando a *Dissident*».⁹ En estos escritos defendía que con el nuevo cambio los trabajadores adquirirían más derechos y mejoras en su situación económica, como se veía en América, donde los trabajadores negros conseguían lo que en países europeos, y sobre todo en Rusia, aún era impensable. Buen ejemplo de ello son las siguientes líneas, con las que casi llega a su fin la segunda parte de estos escritos:



Ramón J. Sender, «Los rusos y la guerra imperialista», *España Libre*, 15 de marzo de 1957, p. 2. (Biblioteca del Pavelló de la República, Universitat de Barcelona)

- 7 15 de febrero de 1957, p. 4.
- 8 1 de marzo de 1957, p. 3.
- 9 15 de marzo de 1957, p. 2.

Esto es lo que causa la desesperación de los comunistas rusos, para quienes la *lucha de clases*, en el sentido en que se entendía en 1850, es indispensable si hay que llevar adelante sus propagandas. La única debilidad que encuentran en América es la discriminación contra las minorías de color y en ella se encarnizan para su agitación en Europa. Pero no pueden suprimir el hecho de que el obrero calificado negro tiene salarios y condiciones de vida en América que no han podido ni soñar los obreros más privilegiados de otras partes, incluida Rusia.¹⁰

Respecto a los textos relacionados con las letras rusas, todos ellos caminan entre la reseña y la crítica literaria, y siempre acaban tiñéndose con opiniones políticas centradas en poner de relieve la íntima relación entre la literatura y los acontecimientos históricos, puesto que las memorias, las autobiografías, las novelas sociales y de costumbres, en última instancia, también nos enseñan a estudiar la historia a través de la literatura. Porque los escritores, en numerosas ocasiones, traspasan los límites que la pluma les impone para ir más allá. Algunos intentan cambiar el mundo con sus escritos, y otros, como Solzhenitsyn, simplemente hacen uso de su libertad de expresión, sin pretensiones, con todas sus consecuencias, sin retractarse y sintiéndose orgullosos de no ceder nunca, como vemos en el siguiente fragmento de «Solzhenitsyn y el terror ruso»:¹¹

El autor ruso que, como todos saben, tuvo el Premio Nobel (todavía no recibido) el año 1971, ha dado frente a sus antiguos verdugos de los campos de concentración donde estuvo ocho años por haber escrito en una carta particular una opinión que no era del gusto de Stalin. Y ese autor ha levantado la cabeza noble, digna y valientemente. Todos los escritores del mundo están con él.

Es, sin duda, no solamente un hombre de genio literario, sino un héroe. Porque el héroe no es el que asalta una trinchera enemiga (eso lo hace cualquiera con medio litro de vino en el estómago), sino el que se atreve a decir la verdad. El héroe es Solzhenitsyn.

Gracias a las memorias que escritores y figuras célebres legan, podemos conocer detalles nuevos, distintos matices de historias consabidas al ser relatadas desde una perspectiva distinta, como en el caso de *Veinte cartas de un amigo*, de Svetlana Alliluyeva, la hija de Stalin. En esta obra, reseñada en «El testimonio de Svetlana: el peligroso escándalo»,¹² nos cuenta Alliluyeva historias ya conocidas, aunque narradas desde su perspectiva, como espectadora en primera persona. Aporta lastimosos detalles acerca de su infancia y de las pocas cualidades paternas de Stalin, de su comportamiento estricto y sus arengas plagadas de eslóganes pronunciadas para resolver cuestiones familiares. Y, sobre todo, lleva a rememorar a muchísimas personas, grandes de la historia rusa, así como lo que tuvo en su mano y no hizo Stalin, recordado por su grandeza, no en torno a sus buenas acciones, sino por su habilidad para pasar a la historia superando a las figuras más crueles de su país, como vemos en estos párrafos:

¹⁰ Ramón J. Sender, «A la revista *Dissident*: hacia la supresión de clases, II», 1 de marzo de 1957, p. 3. Las palabras en cursiva están en negrita en el original.

¹¹ Enero-febrero de 1974, p. 5.

¹² Septiembre-octubre de 1967, pp. 1 y 7.

Stalin fue el escándalo y la vergüenza de toda una época. Paranoico, y como tal aquejado de manía persecutoria y megalomanía, imitó a todos los emperadores rusos anteriores a él. Como Wladimiro, fundador de la iglesia rusa, exterminó a la familia de algunas de sus mujeres haciendo asesinar a todos sus miembros de uno en uno (es el caso de la familia de la madre de Svetlana). Como Iván IV mató a su propio hijo Yákov. Como Pedro el Grande levantó ciudades con mano de obra esclavizada a las que dio su nombre. Pedro lo hizo solo con una ciudad (Petrogrado), pero Stalin lo hizo con tres.

Solo no pudo imitar a Catalina II, quien venció a los turcos y dio a los hombres de letras posiciones de prestigio. La imitó, en cambio, en su antisemitismo. Stalin despreciaba a los escritores y odiaba a los judíos. Si antes de la revolución hubo hombres desde Pushkin a Gorgi que dieron a Rusia toda la gloria de la que hoy todavía puede ufanarse, desde Stalin a nuestros días los escritores de genio fueron dejando sus cadáveres en los campos de concentración. Desde Isaac Babel y tantos otros muertos en la ignominia hasta Solshenitsyn, que pasaron decenas de años en campos de esclavitud y de muerte, y otros muchos que todavía pagan por trabajos forzados el «delito» de la discrepancia, fue Stalin el mayor enemigo que ha tenido la historia del pensamiento libre.

Acerca de las circunstancias vividas por el escritor conocido como *A. Anatol*, escribió el artículo «Muerte y resurrección de Kuznetsov».¹³ A través de este texto Sender quería mostrar en qué consistía la vida de los escritores bajo la censura. Elijió a un hombre que había renunciado a sus libros y artículos porque habían sido reescritos y usados con intenciones políticas, mostrando ideas que él nunca defendió:

Las circunstancias en las cuales ha salido Kuznetsov de su patria son exactamente las de un condenado a cadena perpetua que logra evadirse de la prisión. Entre otras cosas, Kuznetsov dice: «Durante los últimos veinticinco años ni uno solo de mis trabajos literarios ha sido publicado en Rusia como yo lo escribí. La censura soviética, por un lado, y los editores, por otro, cortaban, cambiaban y añadían a su gusto de tal modo que mis escritos resultaban imposibles de reconocer... Me avergonzaba de que tales inepticias se publicaran bajo mi nombre.

Pero no era solo eso. Obligaban al autor a vigilar a los otros y a denunciarlos si sabía que no eran incondicionales del régimen. En alguna ocasión que supo que se preparaba una revista clandestina (con ejemplares mimeografiados) y no lo contó a la policía estuvo a punto de ir a la cárcel. Para salir de Rusia ha tenido que restablecer antes su crédito con la policía política inventando una conspiración de colegas suyos (entre ellos Evtushenko) a quienes ha denunciado para declarar ahora desde Londres su falsedad. Uno se pregunta qué régimen es ese donde el embuste y la delación pueden abrir las puertas de la libertad.

Al dejar de vivir bajo la extorsión, de afirmar mentiras acerca de sus compañeros de profesión, contó la verdad y deseó olvidar todo lo que había vivido anteriormente. Por esta razón renunció a todo, incluidos no solo sus textos, sino también su nombre:

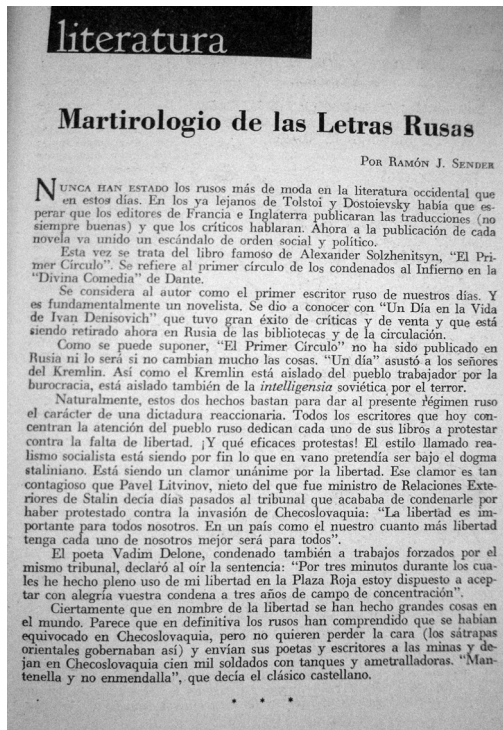
La protesta de Kuznetsov contra la tiranía soviética llega al extremo de haber dicho lo siguiente: «debo declarar públicamente que me desentiendo de todo lo que ha sido publicado con mi nombre a lo largo de toda mi vida dentro o fuera de Rusia. Declaro solemnemente que Kuznetsov es un escritor deshonesto, falso, conformista, cobarde.

¹³ Septiembre-octubre de 1969, p. 1.

Renuncio a seguir usando ese nombre envilecido. Quiero tratar de ser por lo menos el resto de mi vida un hombre y un escritor veraz y libre. Todos mis escritos desde hoy en adelante llevarán la firma "A. Anatol". Y pido a mis lectores de ayer y de mañana que consideren solamente esos escritos como míos».

A veces los textos carecían de contenido político y se limitaban a hablar sobre figuras rusas. Este es el caso de «El último año de Tolstói»,¹⁴ centrado en el libro escrito por Valentín Bulgákov, donde el autor nos aproximó a la vida del escritor ruso y nos contó cómo experimentó sus últimos meses. De acuerdo con lo expresado por Sender, su familia era un completo desastre: algunos de sus hijos defendían a su madre y otros a él. Mientras tanto, los esposos luchaban por convivir juntos sin divorciarse.

Algunos de los textos que vieron la luz en *España Libre* aparecieron también en la revista *Comunidad Ibérica*, nacida tras la celebración del Congreso de la Comunidad de Naciones en México, de cuya concepción del iberismo como identidad



Ramón J. Sender, «Martirologio de las letras rusas», *Comunidad Ibérica*, n.ºs 39-40, marzo-junio de 1969, p. 13. (Biblioteca del Pavelló de la República, Universitat de Barcelona)

¹⁴ Mayo-junio de 1971, p. 6.

nacería esta publicación. Este fue el caso de «Libros rusos clandestinos»,¹⁵ artículo prácticamente idéntico a «Martirologio de las letras rusas», situación que se daba a menudo tanto con Sender como con otros escritores exiliados que publicaban los mismos textos en diferentes revistas y periódicos de diversos países para obtener mayores ganancias.

En sus inicios, su director fue el algecireño Progreso Alfarache y su editor, el catalán Fidel Miró. Tras la muerte del primero en 1964, se reestructuró el equipo redactor, al que se unieron Jerónimo García, Adolfo Hernández, Antonio Villanueva y José Moreno Barrancos. Además, Fidel Miró pasó a ocupar la dirección de la revista y Francisco Romero se estableció como administrador. A partir de 1969 aproximadamente, Feliciano Subero pasó a ser administrador y Romero se trasladó a la redacción.

Su objetivo, como se indicaba en el editorial de su primer número,¹⁶ era alcanzar la unión que durante la Guerra Civil no consiguieron, pues la división de los diferentes bandos antifranquistas desembocó en la pérdida de la guerra; así como intentar establecer un diálogo con el exilio interior y sus grupos políticos de izquierdas para luchar por el cambio en España. Además, debido al carácter político de la publicación, deseaban difundir la ideología libertaria, que abanderaban muchos de sus colaboradores.

El domicilio social siguió siendo el mismo, el número 67-601 de la calle Independencia de México D. F., a lo largo de los años, al igual que la periodicidad de la publicación, de carácter mensual, aunque tuvo irregularidades como muchas otras revistas del exilio. Esto la llevó a editar números especiales que agrupaban tiradas atrasadas, problema que la obligó a cambiar de imprenta constantemente. Por ello, cuando vieron la luz sus primeras páginas era editada por Impresiones Modernas, S. A., y posteriormente, a partir de 1965 aproximadamente, este trabajo pasó a desempeñarlo la Imprenta Ruiz Bolívar. En sus últimos años los números postreros fueron impresos por los Talleres Gráficos Olimpo.

Tenían un corresponsal en Europa, M. Fabra, quien continuó en el puesto tras la llegada de Miró a la dirección. Con él debían contactar quienes desearan obtener la revista, puesto que su distribución directa se realizaba solo en América.

El precio de venta y el de suscripción, junto a la dirección postal de Fabra, se indicaban junto al consejo redactor en la contraportada de la publicación. Apenas varió durante sus años de vida. Apareció con un precio por ejemplar de 4 pesos en México, 0,35 dólares estadounidenses en otros países y 1,70 nuevos francos en

¹⁵ Septiembre-octubre de 1968, p. 5.

¹⁶ Véase Francisco Caudet, *El exilio republicano en México: las revistas literarias (1939-1971)*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1992, pp. 381-382.

Europa. El coste de la suscripción en México era de 24 pesos; en otros países, de 2 dólares estadounidenses; y en Europa, de 10 nuevos francos. A partir de 1965 aproximadamente su precio de venta ascendió solo en México, donde la suscripción anual pasó a costar 25 pesos, y el ejemplar, 5.

Su tirada fue de 1000 ejemplares durante los primeros cuatro números y ascendió a 1400 a partir del quinto. En «Nuevo consejo de redacción»¹⁷ se decía que 300 de esos ejemplares eran enviados para su difusión en España, pero muchos de ellos no llegaban a su destino. Por esta razón se apelaba a los lectores para que colaboraran con la revista consiguiendo suscripciones, donativos, etcétera.

El fin de la publicación llegó en 1971, tras años de lucha de los que sus responsables decían estar orgullosos por no haber dejado nunca su empeño, por no cambiar o desviar sus ideas y sus intenciones con el paso del tiempo.¹⁸

Respecto a Sender, como se trataba de una importante figura del exilio español, su vida y sus libros eran a veces el tema abordado en los artículos de la revista. Tal fue el caso de «En la vida de I. Morel»,¹⁹ de Guillermo Díaz-Plaja, escrito bajo el pseudónimo A. B. C.; «El ingenioso novelista Ramón J. Sender», firmado por Josefa Rivas;²⁰ y «Un novelista universal, el aragonés Ramón J. Sender»,²¹ de Juan Ramón Masoliver, entre otros.

Como colaborador ostentaba un papel diferente gracias a la amistad que le unía con los directores de la revista y aportó un número importante de textos centrados tanto en la literatura y la política españolas como en otros temas candentes en Europa o Estados Unidos. La actualidad en Estados Unidos fue reflejada en «Los escritores frente a Vietnam»,²² donde Sender habló de esta guerra y puso de relieve la libertad con la que algunos americanos opinaban de las actuaciones del Gobierno sin obtener represalias, a diferencia de lo que él vivió en España y aún vivían sus compatriotas en el país.

Y es que España fue uno de los temas más abordados en los escritos de Sender. Ofreció una parte de «Comentarios de libros: más libros sobre la guerra civil española»,²³ aparecidos en *España Libre* también, y «Entre los mitos literarios»,²⁴ recordando al gran personaje literario español don Quijote de la Mancha, y aportó «El Greco y el “deshacer”», donde recordaba al ilustre pintor español, entre otros.

17 N.º 9, marzo-abril de 1964.

18 Véase Francisco Caudet, *El exilio republicano en México*, cit., pp. 394-396.

19 N.º 47-48, julio-octubre de 1970, pp. 57-58.

20 N.º 38, enero-febrero de 1969, pp. 23-30.

21 N.º 32, enero-febrero de 1968, pp. 46-47.

22 N.º 33, marzo-abril de 1968, pp. 20-22. También publicado en *España Libre*.

23 N.º 6, septiembre-octubre de 1963, pp. 57-60.

24 N.º 22-23, mayo-agosto de 1966, pp. 21-26.

La política fue una de las cuestiones esenciales de sus escritos. Disertó sobre la política del mundo y los distintos niveles que había en ella en «Falta de exactitud», donde protestó por la tendencia a categorizar y los errores que se cometen con ello. También definió conceptos tan importantes como la libertad en «El instinto de la libertad»²⁵ y disertó sobre los diferentes sistemas de gobierno en «Dos palabras sobre cien problemas»,²⁶ «Sobre federalismo»,²⁷ etcétera.

Junto a sus temas esenciales, a veces ofrecía otros nuevos, como fue el caso del escrito dedicado a Chaplin²⁸ y su posición política, especialmente a su manera de mostrar su postura sin hacer películas situadas en un bando u otro; o los que hablaban de la historia de las religiones a través de «Sobre el nacimiento del diablo»,²⁹ «El ave fénix, Tánit y las vírgenes ibéricas»,³⁰ «Sobre los orígenes de la cruz»,³¹ etcétera.

Sender dialogó en ocasiones con otros escritores a través de los periódicos y las revistas en las que colaboraba. Sus textos solían estar centrados en temas de candente actualidad, y por ello frecuentemente recibía objeciones al respecto, como ocurrió con «Réplica a los arguyentes»,³² donde dejó claro que su posición no estaba provista de la verdad absoluta.

Por otro lado, él tenía una gran amistad con algunos de los componentes de la revista, razón que le llevó a hacer otro inciso en sus temas más sobresalientes e incluir un texto dedicado a la memoria del primer director de *Comunidad Ibérica*, Progreso Alfarache, fallecido en 1964.

En cuanto a los otros textos publicados en *Comunidad Ibérica*, la mayoría de ellos hablaban de la situación de los escritores rusos tras el final de la guerra y de su encierro en campos de trabajo, así como de los derroteros que experimentaron sus obras, publicadas fuera del país debido a la fuerte censura vigente. Este fue el caso del «El error soviético»,³³ donde Sender mostró que la literatura era extremadamente importante para él, porque creía que podía mover a las personas, cambiarlas..., como pretendieron los autores españoles pertenecientes al bando republicano durante la Guerra Civil escribiendo poemas y novelas con los que mostraban su lucha por la libertad. Sobre Rusia pensaba que los jefes de ese país

25 N.º 44-45, enero-abril de 1971, pp. 9-10.

26 N.º 27, marzo-abril de 1967, pp. 5-6.

27 N.º 10, mayo-junio de 1964, pp. 5-12.

28 N.º 14, enero-febrero de 1964, pp. 22-26.

29 N.º 5, julio-agosto de 1963, pp. 12-15.

30 N.º 4, mayo-junio de 1963, pp. 25-30.

31 N.º 2, enero-febrero de 1963, pp. 13-16.

32 N.º 31, noviembre-diciembre de 1967, pp. 30-32.

33 N.º 36-37, septiembre-diciembre de 1968, pp. 8-11.

no creían en este poder de las letras, pero, a pesar de ello, probablemente temerosos, las atacaban con la censura:

He leído en los últimos días un libro de William Hubben que no tiene mucho de particular, pero que por rozar de cerca problemas básicos a través de la gran literatura de todos los tiempos no puede menos de plantear algunas verdades esenciales de tipo social. La literatura no es ninguna broma como parecen creer los jefes rusos. La prueba de que no lo es se puede ver fácilmente en el miedo que tienen a la libertad de los escritores.

El libro al que me refiero no es político. Yo tampoco lo soy. Pero los grandes movimientos sociales han comenzado siempre por la literatura, es decir, por la palabra escrita. En las religiones primitivas, en el renacimiento, en la revolución francesa, en la revolución rusa, también.

De la censura en esas literaturas ofreció un gran ejemplo a través de un autor en «Martirologio de las letras rusas»,³⁴ donde habló sobre algunos libros que no aparecían entonces en las librerías rusas debido a esas circunstancias. Se trataba de *El primer círculo* y *Un día en la vida de Iván Denísovich*, de Alexander Solzhenitsyn.

Él creía que de estas duras circunstancias los escritores al menos podían obtener inspiración para crear una literatura social de gran calidad, que reflejara la realidad del momento ante otros países cercanos y ante el mundo en general, obras que la censura no dejaba imprimir, pero que circulaban en copias mecanografiadas de forma clandestina.

Algunos de los autores creían en lo que hacían, en la libertad, y por esta razón, como recogió Sender en el texto mencionado, no dudaba en afirmar lo siguiente:

El poeta Vadim Delone, condenado también a trabajos forzados por el mismo tribunal, declaró al oír la sentencia: por tres minutos durante los cuales he hecho pleno uso de mi libertad en la Plaza Roja estoy dispuesto a aceptar con alegría vuestra condena a tres años de campo de concentración.³⁵

Sender sabía lo duro que era vivir en un campo de concentración porque tras la Guerra Civil millares de españoles habían sido internados en estos campos en Francia, el norte de África..., y durante la Segunda Guerra Mundial algunos de ellos incluso estuvieron bajo la crueldad nazi en otros tantos. Sabía bien de lo que hablaba y, consecuentemente, en esta comparación hallaba grandes diferencias:

Las condiciones en que esos presos (inocentes y algunos, como Eugenia [Semionovna Ginzburg], rehabilitados más tarde) vivían y la manera de ser tratados solo puede compararse con la que sufrieron los judíos bajo la Gestapo nazi. Y a veces la comparación es favorable a los nazis. Al menos entre estos y los judíos había un abismo infranqueable. Los pobres judíos conocieron todas las miserias menos las de la ambigüedad o confusión mental.

³⁴ N.º 39-40, marzo-junio de 1969, pp. 13-17.

³⁵ *Ibidem*.

Eugenia y tantos otros cientos de miles de rusos pertenecían, en cambio, al mismo partido de sus verdugos, compartían su fe política y sus doctrinas y no podían comprender lo que les sucedía ni por qué les sucedía. Stalin especulaba con aquella clase de perplejidad como con un instrumento más de suplicio. ¡Y qué suplicio!

Desafortunadamente, esta dureza era propia de esos tiempos en Rusia, como mostró Sender en «Martirologio de las letras rusas. El peligro de tener talento»,³⁶ donde recordó que años atrás otros escritores sufrieron en los campos de trabajo siberianos junto al pueblo ruso:

Pushkin no quiso escribir bajo el dictado del emperador. Fue castigado con el destierro por su «Oda a la libertad», y por fin perdonado con la condición de que no publicaría una sola línea sin que pasara por la censura personal del zar.

Más tarde, otros poetas conocieron los desiertos de Siberia o la horca. Acabaron en la cárcel o se suicidaron. En los tiempos modernos la tradición continúa como si no hubiera pasado nada. Mayakowski se suicidó. Babel y Pilniak murieron en el campo de concentración. Otros poetas murieron o «desaparecieron» sin dejar rastro. Hace unas semanas, Andrei Sinyavsky fue juzgado por un tribunal. Su delito consistía en haber escrito algunas narraciones que se publicaron clandestinamente fuera de Rusia. Narraciones no políticas ni antisoviéticas, pero con una tendencia satírica —menor que la de Quevedo o Larra en España—, y fue condenado a siete años de trabajos forzados.

Sender pensaba en las circunstancias de este pueblo y las comparaba con otras vividas en diversos lugares. De ahí extraía que las vivencias de los rusos eran las peores que podían experimentarse, ya que sufrían la opresión por luchar por los derechos del hombre, como expuso en este fragmento de «Más testimonios rusos»:³⁷

Los escritores citados y otros muchos padecen prisión, la mayor parte con condenas a trabajos forzados. Es difícil aceptar que los rusos de ahora hagan lo mismo que hacían con sus escritores los zares del imperio en el siglo pasado. Con la diferencia de que aquellos escritores perseguidos en el siglo XIX eran enemigos de la monarquía y los de ahora son socialistas y todo lo que quieren es que el socialismo respete los derechos del hombre.

Concluyendo, como hemos apreciado a lo largo de estos textos que aparecieron en *España Libre* y *Comunidad Ibérica*, la situación rusa era realmente importante para Ramón J. Sender, puesto que escribió acerca de este tema en otras publicaciones, tales como los *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura (1953-1965)* o la serie «Los libros y los días» de la American Literary Agency.

En todos ellos dejó su opinión acerca de la situación en el país a través de la literatura, de la censura en las publicaciones, de las vidas de los escritores internados en los campos. Intentaba denunciar la situación en la que vivían porque sabía bien de lo que se trataba: había experimentado las mismas vivencias durante la Guerra Civil y posteriormente con la represión franquista. Sender solía escribir sobre su

³⁶ N.º 21, marzo-abril de 1966, pp. 5-10.

³⁷ N.ºs 47-48, julio-octubre de 1970, pp. 31-32.

país y sus circunstancias, pero quiso poner de relieve también esta cuestión para que no se repitiera.

Deseaba que las cosas cambiaran en todos los lugares del mundo y por ello explicaba en sus textos conceptos tan importantes como los diferentes tipos de gobierno que podían adoptarse, en qué consistía el sentido de la libertad, etcétera. Como resultado, disertó durante páginas sobre la situación rusa, sobre libros, memorias y novelas que tenían como trasfondo unas circunstancias sobre las cuales prefería que nunca se hubiera escrito, porque eso significaría que no habrían ocurrido: «Sería mejor que esos libros no fueran necesarios y que en Rusia permitieran la libertad de expresión sin miedo a la verdad. A una verdad que a nadie dañaría sino a los culpables».³⁸

³⁸ «Más testimonios rusos», mayo-junio de 1970, p. 31.